

Por Nayibe Peña Frade

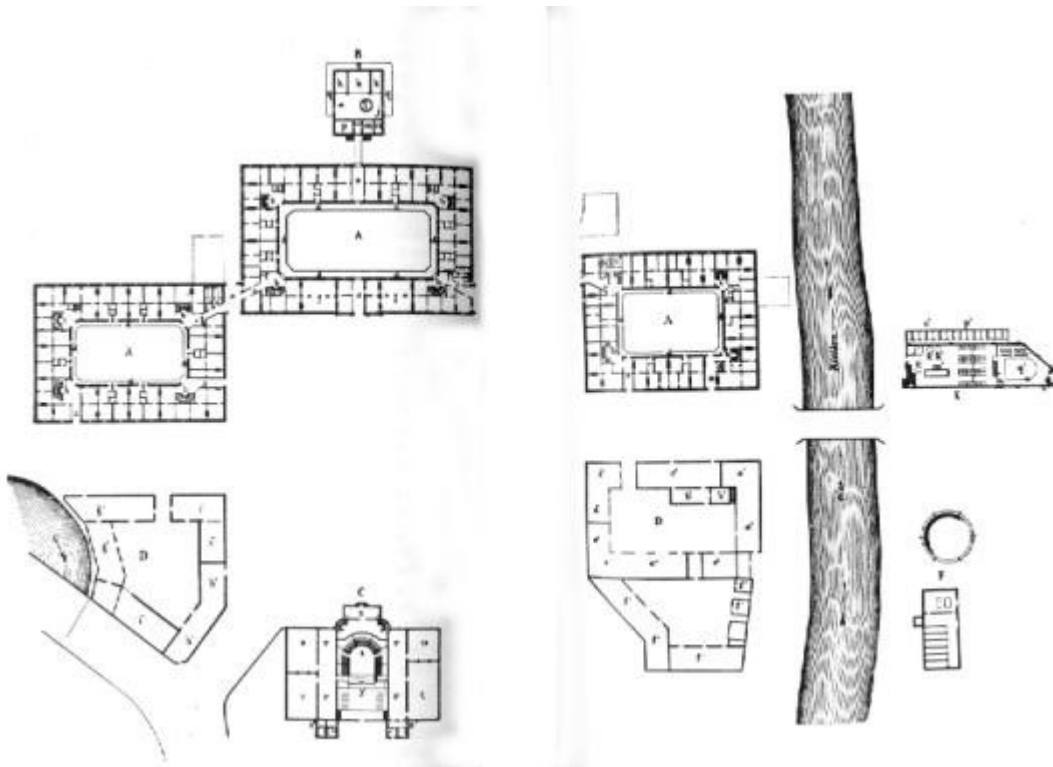
“Lo posible hace parte de lo real y le da sentido”

Henri Lefebvre. La Revolución Urbana

Resumen: En la primera parte de este texto se describen los elementos típicos de la literatura utópica y sus variantes en la utopía negativa. Después se describen la morfología urbana y el modo de vida que le son propios y se establecen relaciones con algunos temas de la teoría urbanística moderna. Finalmente se hace una crítica a la utopía y al urbanismo desde el espacio urbano que proponen.

“Utopía” de Tomas Moro es un texto instaurador del urbanismo porque con él comienza una concepción racional del espacio que lo separa de lo sagrado y lo convierte en objeto propio de la inteligencia y la volición humana[2]. El espacio, en el universo de Utopía, es un medio para moldear una sociedad perfeccionada; Amaurote -su ciudad capital- está deliberadamente construida para consolidar, fortalecer o inducir las virtudes sociales que Moro suponía eran las fundamentales para conseguir una sociedad feliz: la igualdad, la transparencia, el colectivismo, el trabajo organizado, la frugalidad, la disciplina social, etc.

“Utopía” es el paradigma del género utópico porque define sus componentes fundamentales: unas instituciones sociales y culturales que sostienen y originan, a la vez, la sociedad perfeccionada y depurada y un espacio modelizante que las complementa. Desde 1516 esos elementos constitutivos no han cambiado, cuanto mucho se ha desplazado el énfasis de unos a otros de lo cual resultan textos que no pertenecen del todo al género. Una de las desviaciones más importantes del paradigma es la que Françoise Choay llama superespacialización del modelo, es decir, espacios a los que se supone capaces, por sí mismos, de modelar a la sociedad, tal es el caso del Panóptico de Bentham o del Falansterio de Fourier. Estos modelos expresan en el espacio a una organización social basada en la disciplina y la puesta en orden de personas y actividades. Detrás de esta pretensión está la creencia de que los problemas de índole social tienen una solución espacial que porta en sí la disolución de las contradicciones. Esta hipertrofia del espacio señala el momento en que la utopía intenta pasar al acto, esto es, a la edificación de espacios reales.



Falansterio de Godin

El género utópico presupone una visión de la realidad según la cual hay un gran mal del que se derivan todos los demás (la propiedad privada, el individualismo o el ocio son los más referidos), una vez encontrada la gran y única solución que desvanece las antinomias y dificultades, la sociedad enferma resulta saneada. La obra escrita es, entonces, un ensamblaje intelectual en el que para cada problema real hay una solución imaginada. En este sentido la utopía es una imagen especular de la realidad.

La trayectoria histórica del género derivó hasta la llamada “utopía negativa” del siglo XX, habitualmente refundida entre la Ciencia Ficción. La utopía negativa es una lectura perversa e irónica de la utopía tradicional, desarrolla sus elementos paradigmáticos de forma textual y exacta de tal manera que la utopía imaginada se convierte en el infierno vivido. Las utopías negativas hacen una transposición literal a la realidad de las supuestas características de la sociedad perfecta y las llevan hasta las últimas consecuencias: la medida, el ascetismo, la racionalidad, la simetría, el dirigismo, la primacía de lo público sobre lo privado, la unidad, la autarquía, el fijismo, etc. Ejemplos de utopía negativa son, entre otros, Mundo Feliz de Huxley, 1984 de Orwell, Nosotros de Zamiatin, Los Amantes de Farmer, Cuando el Dormido Despierte de Wells y Los Desposeídos de Le Guin.

Las sociedades utópicas

En las utopías negativas el individualismo o la conciencia de unicidad son perseguidos y castigados porque atentan contra la cohesión social y el colectivismo; no hay un ámbito social o cultural que incite, o al menos permita, la particularidad o la autorreflexión. Son mundos organizados como una colmena o un hormiguero: cada quien tiene una función asignada e invariable y pertenece a una casta autosuficiente y aislada de las demás.

No hay divergencia pero tampoco consensos, la convicción ha sido reemplazada por la fe, el pecado o el delito han usurpado el espacio social del conflicto, la reglamentación excluye la toma de decisiones, la disciplina y la vigilancia han suplantado a las instituciones, el exceso de normas que todos cumplen hace las veces de armonía social. Una dirección férrea, centralizada y vitalicia garantiza la permanencia y perfeccionamiento de la organización social. El igualitarismo se traduce en personas indiferenciadas y por tanto intercambiables, prima la función sobre el individuo que la desempeña. De esa forma la sociedad permanece inalterable y se convierte en un cuadro inmóvil dentro de su marco, igual que la utopía moreana.

Pero esas características hacen que sean, al mismo tiempo, sociedades gratificantes, primero, porque todos sus miembros tienen asegurada la supervivencia física y social y gozan de una alta calidad de vida. Segundo, porque

crea un ethos emocional de pertenencia absoluta a un todo mayor que explica el mundo, resuelve las dudas y satisface las necesidades. Tercero, porque no hay imprevistos, ni conductas desviadas, ni riesgos, la estabilidad es total y definitiva. Cuarto, porque en estas sociedades no hay contradicciones entre valores, normas y costumbres, ni entre leyes y mandamientos, ni entre expectativas y deseos, ni entre acción y pensamiento. Quinto, porque todos los miembros del grupo han interiorizado de manera acrítica sus deberes y tienen claro su papel, en otras palabras, saben qué se espera de ellos y tienen la certeza de que pueden lograrlo porque ninguna fuerza los desvía o les dificulta esa obediencia.

En este contexto socio-cultural no puede haber creación artística ni movimiento de ideas porque no hay disidencias, ni conflictos existenciales, ni tragedias, ni preguntas sin respuesta, ni siquiera sufrimiento o desesperanza. La ciencia, el arte, la filosofía y la literatura se convirtieron en técnicas aplicadas al control o en ramas de la producción y el consumo organizadas según criterios racionales y funcionales. No existe la política porque la dominación típica es ejercida por un líder carismático, el Estado asume la forma de una religión y los habitantes no tienen con él una relación de ciudadanía sino de fidelidad adscriptiva.

El caudillo usurpó la figura del padre, de él provienen el premio y el castigo, se convirtió en el superyó y administra el sentimiento de culpa y concomitantemente el de salvación. Quienes habitan estos mundos son adultos pueriles porque no han podido matar al padre ni asumir la orfandad; además su socialización se basa en “programar” en ellos reacciones y sentimientos esquemáticos. Están dominados por una mezcla de sentimiento culposo continuo, de temor, de respeto y amor que se exagera en ceremonias colectivas periódicas y continuas, imágenes sagradas que infestan el espacio y por la repetición sin cuartel de consignas y eslogans.

El fin único y exclusivo de la dominación es perpetuarse, la purga es la condición permanente y, por lo mismo, el aparato policial-represivo está hipertrofiado; el poder se orienta, sobre todo, a prevenir el crimen, a identificar y cambiar las condiciones que podrían suscitarlo. Existen pocos individuos con conciencia de sí y son detectados muy rápido, sólo duran el fugaz momento en el que nos cuentan su pecado, nos describen su mundo y nos vaticinan su fin.

El poder del Estado sobre el individuo es directo e inmediato, no hay instancias que lo filtren o lo distribuyan; la sociedad civil no existe porque el individuo no se asocia ni es ciudadano, por tanto no tiene derechos. La familia como institución y realidad social ha desaparecido o se ha deformado para que no rivalice con el dominio del Estado o disminuya su poder. La vigilancia más sutil y efectiva se logra haciendo que un individuo esté siempre con el mismo grupo: el equipo de trabajo es la célula básica, en horas no laborables se reúne para las ceremonias religiosas, sus miembros viven en el mismo edificio y realizan actividades comunitarias, forma que adopta la recreación. La ventaja de este método es que la vigilancia es recíproca y que cualquier cambio en un individuo -por sutil que sea- es percibido de inmediato y denunciado por los otros.

El tiempo libre no existe en forma de ocio personal, hay horas en las que no se trabaja pero que están institucionalmente destinadas para actividades específicas y colectivas, no hay nada aprobado, legal o moral que pueda hacer una persona aislada, excepto dormir y sólo en las horas asignadas para ello. El individuo que no se adapte a esta forma de vida no es anatémizado, ni encerrado o condenado al ostracismo, es eliminado para que no contamine el cuerpo social.

La ciudad utópica

En estos mundos el espacio urbano es el medio por excelencia para ejercer esta forma de poder y para consolidar el ámbito cerrado, vigilado y recortado que le es propicio. La ciudad de las utopías -de ambas- es racional, simétrica, agorafóbica y geométrica. Está compuesta por edificios repetidos y masivos donde viven personas solas y sometidas a una continua vigilancia mecánica o social; por construcciones gigantescas dedicadas a la producción; por volúmenes monumentales y contundentes en los que se aloja el poder y que dominan la ciudad porque rompen con violencia la escala urbana; por amplísimas avenidas por las que desfilan los habitantes en las ceremonias civiles más significativas; por estadios o anfiteatros descomunales en los que se reúne toda la sociedad para adorarse a través del portador del carisma, sacralizado como la deidad que instauró y mantiene el orden, y por enormes espacios vacíos que no son “espacio público” porque éste tiene una connotación de ejercicio voluntario y deliberado de la comunicación.

Es una ciudad agigantada y populosa en la que viven y trabajan muchos millones de personas, sin embargo, mantiene un orden total que se manifiesta en todas las facetas de la existencia cotidiana. La ciudad y el modo de vida, las relaciones sociales y la forma de gobierno, las creencias y las normas, todo, está construido para que el individuo tenga plena conciencia de su fugacidad, para que actúe según lo determine su función social y no de acuerdo a sus intereses, ambiciones o delirios. La calidad de vida está asegurada siempre y cuando no se desee algo diferente a lo que tienen y son los demás, o no se fantasee con la idea de una forma distinta de vida más allá de las fronteras de la ciudad y la égida del líder o el partido.

Los que habitan la ciudad no poseen bienes personales de ningún tipo, el Estado les da todo lo que requieren a cambio de su obediencia. Les asigna viviendas estandarizadas, amobladas con idéntico mobiliario y distinguidas apenas por el número en la puerta, que es el mismo que aparece en el uniforme del que la habita. La vivienda sólo sirve para dormir o para los intercambios sexuales que están explícita o implícitamente regulados y deserotizados. Como no hay una vida propia y privada, no hay un espacio personalizado, no hay visitas o rituales sociales que sucedan de puertas para adentro; esta significación de la vivienda se corresponde tanto con la desaparición de la familia como con el colectivismo y la indiferenciación que garantizan la existencia de las sociedades utópicas.

El individuo en su cubículo siempre está vigilado, bien por artilugios técnicos que recogen información para cuerpos especializados, o por el simple hecho de que las construcciones son transparentes y cada inquilino es visible para todos, o porque el cónyuge o los hijos son instigados y estimulados a la delación. El espacio público se convierte en el único lugar para escapar de la vigilancia directa y personalizada porque cada quien se esconde entre la multitud. La utopía da la espalda a la naturaleza y convierte a la ciudad en un hábitat artificial, deliberado y racional; los espacios vacíos de edificaciones están atestados de personas que no hablan espontánea o libremente entre sí sino que cumplen unas reglas de comportamiento y fórmulas de cortesía que instituidas desde tiempos inmemoriales. El espacio público se convierte en el espacio donde consolida el régimen, donde todos los ciudadanos se reconocen y se asumen como indiferenciados y súbditos de un orden, donde se legitima el destino colectivo.

Por ser rectas, amplias y agostadas, las ciudades de la utopía hacen imposibles los rincones y recovecos, las sombras y penumbras; las construcciones de vidrio no permiten los espacios cerrados ni las barreras visuales. Esto significa que el individuo está visible todo el tiempo, que las relaciones sociales no son reguladas por él, que no tiene el derecho mínimo de ocultarse. La socialidad decrece porque la gente es más sociable cuanto más barreras tangibles haya entre ella; las relaciones interpersonales son aceptables sólo si pueden ser rechazadas. Esto implica una conciencia de individualidad que repugna a la utopía porque ve en la vida personal, no sólo egoísmo y dispersión, sino un riesgo permanente para la virtud y el orden de la sociedad.

La ruptura con el cuerpo social también se esconde en el cumplimiento estricto de todas las normas y rituales, en un actuar cuidadoso que impida a los otros percibir la traición; el renegado se compone el rostro y el gesto para que los otros no puedan leerlo. La muchedumbre y los comportamientos estereotipados son, entonces, la única opacidad que sobrevive, todo lo demás es transparente.

El único espacio íntimo y privado que les queda a los transgresores es el pensamiento y para protegerlo deben hacer todo lo posible por parecer lo que se debe y se espera que sean, de esa forma evitan las sospechas y pasan inadvertidas a los múltiples ojos de una sociedad paranoica y mojigata; cumplir con diligencia las normas, los rituales, las fórmulas y los gestos indicados es la única manera de que se pueda cometer el delito mayor: situarse fuera para observar con lucidez, identificar los elementos a través de los cuales se es manipulado, comprender la lógica del sistema. Esto, a su vez, permite, por ejemplo, experimentar sentimientos amorosos o conflictos existenciales, lo que, por definición, hace de nosotros humanos.

La utopía y el urbanismo

La utopía negativa, además de denunciar la ingenuidad peligrosa de la utopía, lleva al límite algunos de los postulados técnicos y filosóficos del urbanismo moderno, surgido a raíz de los problemas generados por la enorme urbanización que produjo la revolución industrial.

El discurso de muchos urbanistas suele ser un movimiento de vaivén que confunde el enunciado científico y la descripción utópica, que transforma la verdad de la ciencia en solución salvadora, en modelo. A cada uno de los elementos criticados de la sociedad contemporánea les hacen corresponder elementos modelos; a una ciudad enferma le recetan una cura espacial. Es una visión analógica y dualista que opone dos imágenes antagónicas (la real y la utópica) que excluye la posibilidad de soluciones intermedias.

El urbanismo, en general, se propone ordenar en el espacio las funciones urbanas, requisito fundamental e ineludible para garantizar la eficacia y la eficiencia de la ciudad, condiciones, a su vez, indispensables para la producción y el aumento continuo de la productividad. El urbanista debe evitar que los diversos flujos que forman una ciudad se interfieran o se obstaculicen unos a otros. El urbanismo, entonces, es hiperracional y su racionalidad está orientada a favorecer la producción y el consumo, ciclos por antonomasia capitalistas, modo de producción que dio origen, papel y sentido a la ciudad moderna y, por tanto, al urbanismo como disciplina. El urbanismo es utópico por cuanto pretende normalizar y sanear bajo la autoridad sin discusión de las leyes científicas.

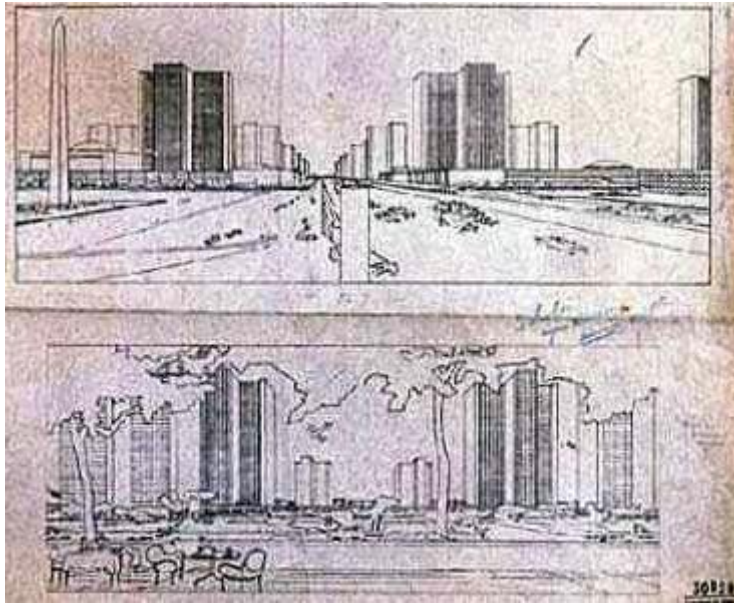
Las utopías -las dos- son racionales en la medida que la sociedad, la cultura y el espacio se vuelven medios orientados al logro de un fin: el mantenimiento del orden instaurado después de vencer el caos mítico del origen. En algunas utopías la racionalidad se expresa en la producción, entonces la ciudad es un dispositivo y la vida se tayloriza -se separan las funciones de dirección, supervisión y realización de tareas, se organiza el espacio, tanto de la fábrica como de la ciudad, de forma que se ahorren movimientos y se disminuyan tiempos, etc. La ciudad aquí tiene pretensiones formadoras y moralistas, se privilegian los espacios destinados a templar el carácter y a consolidar el espíritu de colmena y la actitud sumisa, disciplinada y dispuesta al sacrificio que requiere el modo de producción.

La racionalidad de otras utopías negativas se basa en el principio de Huxley: disminuir el tiempo transcurrido entre la aparición del deseo y su satisfacción para garantizar la estabilidad. En estas sociedades todo se orienta a satisfacer al individuo, a hacer de él una persona feliz, sosegada y articulada vitalmente al todo social. La ciudad se convierte en un inmenso dispensador de bienes y privilegia los espacios para el juego, la diversión colectiva y el consumo derrochador y desenfrenado, sostenido en una propaganda sin límites ni escrúpulos. En ambos casos el control de y por el espacio es uno de los mecanismos y medios por los cuales se constituye una sociedad sin padres que se hace cargo de los individuos, los amamanta y los confina en compartimentos reducidos y normalizados.

En las utopías negativas se encuentran transposiciones directas de la arquitectura y el urbanismo a la literatura. La vivienda, por ejemplo, parece inspirada en los planteamientos que hizo Gropius, a finales de los años 20, sobre vivienda mínima, esto es, la vivienda necesaria para suplir la enorme demanda de las clases trabajadoras de Europa y EU después de la Guerra y la Recesión, clases que no podían acceder a la oferta de la empresa privada y que exigían inversión de capitales públicos. Gropius definió las necesidades de espacio de un individuo en metros y centímetros cuadrados, según la medida de una cama estándar, el mínimo individual. La agrupación de camas formaba la vivienda -la "célula"-, la agrupación de viviendas el edificio, la de edificios el asentamiento y la de asentamientos la ciudad.

El movimiento moderno, por otro lado, propuso un estilo internacional que se definía por los materiales usados (hormigón preformado, vidrio, estructuras metálicas) y por la tipología: edificios rectangulares y agrupados, sin detalles particulares o que no tuvieran un uso específico. El perfil obtenido, el aspecto que esta ciudad presenta como conjunto, es el que Le Corbusier ya había llamado Ciudad Radiante y que se basaba en el principio de

racionalizar el uso del espacio densificando en altura. Es la maquinización de la ciudad: millones de personas pueden ocupar pocos metros cuadrados si se las ubica en espigadas torres, pueden vivir en orden si se separa la circulación de personas, de vehículos y de suministros y si se colectivizan -o sea, se les saca de la casa individual- servicios como el aseo, la alimentación y la vida social. Tal es el espacio contenedor del modo de vida de las utopías.



Ciudad Radiante

La ciudad resultante de aplicar estos criterios, tanto en la literatura como en la realidad, es homogénea pero ahistórica y sin identidad, es una sucesión de edificios uniformes que ocupan un territorio y que están servidos por vías que los enlazan con centros de trabajo y de comercio. La forma se reduce a la función, todo lo que existe es lo mínimo necesario, nada hay que sea irracional, que sobre o que sea producto del azar. Es un modelo que supera las diferencias, que hace omisión de contextos geográficos y culturales. Ahora bien, este tipo de espacio urbano, globalizado, serializado y homogeneizado modela las sociedades y la cultura, induce y alimenta una determinada conducta y una forma específica de las relaciones sociales. Elimina o invisibiliza las peculiaridades, estandariza los gustos y deseos y, al convertir a todos en consumidores, hace del mercado el gran satisfactor de las necesidades humanas que se ven así reducidas a su mínima expresión.

Hay una ciudad antinómica: la que es producto de un devenir histórico, la que crece de forma espontánea (lo cual no significa que crezca sin planeación). En el espacio de esta ciudad se expresan múltiples actores e intereses, está hecha de agregados de tiempos y estilos diferentes que coexisten con relativa armonía. Es una ciudad construida por actores diversos y según saberes disímiles, no responde a la lógica hegemónica de la construcción industrializada y los procesos masificados sino a un saber colectivo que la cultura ha ido incorporando con los siglos. No es un espacio urbano modelizante sino inclusivo, no uniforma y elimina las diferencias sino que las tolera e integra. En este espacio son posibles las minorías, las sectas, las comunidades cerradas, las conductas transgresoras y los guettos; no hay una identidad colectivizada a la fuerza sino que la ciudad es un mosaico de mundos y visiones que contemporizan entre sí. Porque en esas ciudades existen lo privado y lo particular es donde el espacio público adquiere su sentido más pleno: la política entendida como negociación permanente de intereses enfrentados.

En la utopía la ciudad preexiste a la sociedad, su origen es parte del mito fundacional de la dominación; la ciudad fue construida por el Héroe y las generaciones subsiguientes sólo la mantienen, la habitan sin modificarla. La ciudad es o una máquina de producción o un símbolo de la perfección y la virtud pero en ambos casos debe permanecer siempre igual a sí misma. Los habitantes se relacionan con ella como inquilinos o huéspedes, no como propietarios o dolientes; la ciudad es sagrada -aunque esté racionalmente organizada y dominada- y por tanto venerada como símbolo del orden y la deidad que lo instauró. En esta ciudad utópica no hay lugar para la demanda, la necesidad o el deseo del que va a habitarla y usarla, de ahí que sea ordenada, simétrica y previsible; en síntesis, es un espacio urbano monológico y unívoco.

Lo político y lo existencial

La ciudad real, como la cultura y la vida cotidiana, siempre preexiste al individuo y permanece cuando él ya ha desaparecido, sin embargo, es una creación colectiva permanente, siempre inacabada y en perpetua transformación; la preservación y la conservación no están orientadas por la sacralidad sino por valores estéticos, culturales o históricos con un alto grado de objetividad. La ciudad real es precaria en la medida en que cada generación la transforma según sus necesidades o sus valores, está sujeta a cambios técnicos y culturales, sobre ella inciden las vanguardias artísticas y los descubrimientos científicos, se deshace y se rehace todos los días, crea y elimina identidades, es el referente de las biografías individuales, tiene tantas lecturas como habitantes alberga. No es un espacio sagrado para la adoración contemplativa sino una condición de vida que se adapta a los cambios de la sociedad.

En la ciudad contemporánea, como en la Edad Media, se sigue respirando un aire de libertad, no económico, como entonces, sino político. En países en guerra la ciudad es la posibilidad salvadora del anonimato, es un escondite en el que líderes y perseguidos pueden pasar desapercibidos escondiendo sus biografías personales; la ciudad depósito nos permite ser otros, volver a empezar con sólo cambiar de barrio. La ciudad es el espacio de la indiferencia al cual se puede huir de los deseos salvadores de los iluminados y moralistas armados que campean en las veredas, los pueblos y las ciudades pequeñas.

La ciudad es un espacio existencial capaz de albergar y desactivar pasiones, obsesiones, deseos o pulsiones que en espacios sociales y culturales más estrechos serían muy desestabilizadores; la ciudad no sólo sectoriza funciones sino conductas, es una enorme oferta disponible aún para las demandas más peligrosas y perturbadoras. El espacio urbano permite la confluencia de seres extraños, aumenta la posibilidad de encontrar pares y disminuye el número de quienes se sienten fuera de lugar o sin lugar en el mundo. Y todo ello es posible por dos características mal reputadas de la vida urbana: la magnitud y el anonimato.

La ciudad, entonces, debe ser polifónica, diversa y abigarrada porque esa es la única manera de que sea inclusiva y tolerante con la diferencia, la minoría o la particularidad. El desorden -casi siempre juzgado desde una estética clasista- es un orden distinto al aceptado, el conocido o el deseable, sujeto a su propia lógica aunque a veces parezca incognoscible. El epíteto de desorden, a veces, es el resultado de una mirada falsa y prejuiciada sobre un orden no inmediatamente perceptible, en el que tienen existencia y juego los deseos y demandas particulares, en el que la simetría y la eficiencia no son los únicos reguladores, en el que se expresan diversas éticas y estéticas y en el que el placer todavía se experimenta como una necesidad cotidiana.

Desde esta perspectiva la utopía se presenta como un extremo no deseable y el utopista como un peligro para la felicidad humana -si algo como eso existiera. Por definición inexorable el paraíso soñado por un individuo es idéntico al infierno temido por otro. La realización de las utopías es más lejana entre mayores sean el sentido de individualidad y de no planeación, el caos y la fragmentación. Sin embargo, no estamos salvados, el deseo de orden a cualquier precio es tan intenso que aumenta la posibilidad de sumisión, de renuncia o delegación.

Podría decirse que el desorden es un sucedáneo de la opacidad o la sinuosidad que parecen haber sido abandonadas por la arquitectura de la utopía. El individuo necesita el secreto y la clandestinidad, debe tener medios para ocultarse de las miradas despiadadas, y casi siempre moralistas, de la sociedad y el Estado; requiere la penumbra y el recoveco porque hay ideas y sentimientos que, como los vampiros, caen exánimes si les da la luz del sol.

La ciudad y el modo de vida de la utopía son pulcros, sobrios, ordenados hasta la obsesión, no tienen secretos ni misterios, son planos, regulares y predecibles, ¿es posible un hastío más insoportable? Los habitantes de las utopías están siempre expuestos, no pueden esconderse detrás de ninguna máscara, para ellos no hay trasescena ni telón, ¿hay una crueldad más refinada? Las ciudades que crecen a su arbitrio, las que no han sido construidas deliberada y racionalmente, las que no son propiedad de un orden moral que subsume la política, por las que deambulan o en las que se camuflan conductas atípicas y extravagantes, esas ciudades permiten la existencia de individuos o comunidades que se rigen por sus propias normas, que medran al margen de la gran

corriente de adaptados funcionales, excluidos de lo normal, rozando siempre lo truculento, lo censurable o lo fantástico.

En su seno suele cocerse el horror pero también destilarse la genialidad del espíritu humano.

Santafé de Bogotá, Enero 10 de 2002

[1] Una versión de este texto fue presentada como ponencia en el segundo encuentro de la Asociación de Investigadores Urbanos, ACIUR, en Abril de 2000. Las ideas centrales fueron desarrollados en la tesis "La ciudad y lo urbano en la ciencia ficción y la utopía negativa" presentada para optar la título de Magíster en Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia en Abril de 2000.

[2] Choay, Françoise. LE RÉGLE ET LE MODÉLE. SUR LA THÉORIE DE L'ARCHITECTURE ET DE L'URBANISME. Éditions du Seuil. París: 1996